

Encuentro, entre la isla y el exilio

François Masperó

(Entrevista a Jesús Díaz publicada en *Le Monde*, viernes 29 de mayo, 1998)

La revista creada en 1996 por Jesús Díaz ha abierto un espacio de debate donde se encuentran los intelectuales exiliados y los que permanecen en Cuba. Puente de unión por encima de todos los antagonismos, Encuentro ha revelado una nueva generación de escritores cubanos.

DESPUÉS DE MÁS DE TREINTA AÑOS DE ruptura, de rechazos mutuos y de anatemas, los cubanos que viven en la Isla y en el exilio han decidido dialogar y publicar juntos: así nació en 1996 en Madrid la revista *Encuentro de la cultura cubana*, cuyo fundador, Jesús Díaz, afirma que «la cultura cubana es una»:

«La revista dio respuesta a una necesidad profunda. Un lugar de encuentro democrático, donde sean al fin superados los antagonismos: no sólo aquéllos que oponen La Habana a Miami, sino los que existen en el interior del exilio y en el interior de la Isla. De tres mil ejemplares de tirada, mil se envían a Cuba a través de amigos, viajeros... En la Isla, cada ejemplar lo leen más de treinta personas. La policía ha visitado a nuestros amigos y colaboradores, pero ellos han decidido continuar».

— *Después de siete números, casi todo aquel que cuenta en una vida cultural «trágicamente fragmentada» ha encontrado su espacio en la revista. Lugar de encuentro entre contemporáneos, es también una encrucijada de generaciones, retomando la tradición de revistas culturales cubanas como la Revista de Avance en los años 30 y Orígenes en los 40. Años dominados por dos grandes figuras: Alejo Carpentier y José Lezama Lima.*

— «Lezama Lima decía: «Un país frustrado en lo esencial político puede encontrar su expresión en cotos de mayor realeza». Para él, como para sus contemporáneos Eliseo Diego y el propio Virgilio Piñera, que cultivó más la prosa, esta realidad más vasta era la poesía. Ésta es la causa de la actualidad de Lezama, la razón por la cual tantos jóvenes cubanos se reconocen en él, en nuestra Isla siempre frustrada en su esencial político. Carpentier, por el contrario, está pasando por un eclipse, lo que es injusto ya que, a mi entender, es un modelo absoluto: *El Siglo de las Luces* será siempre un monumento de la lengua española. Ese eclipse se debe probablemente a que durante los primeros años del castrismo él ocupó, como Nicolás Guillén, un primer plano, mientras que Lezama Lima continuaba viviendo como siempre había vivido, apartado. También es cierto que Lezama, quien como todos, había acogido con entusiasmo la victoria de la revolución, no podía ser bien recibido a la larga por el régimen que se proclamó comunista: lo dejaron publicar *Paradiso*, pero terminó sus días en un vacío, una trayectoria amarga que no sólo le tocó vivir a él: al final de los años 60 toda la intelligentsia cubana estaba bajo

sospecha. Aunque no fueran perseguidos abiertamente, los escritores de la generación de Orígenes fueron hostigados, negados».

«En 1959, con el triunfo de la revolución, apareció una generación, la de *Lunes de Revolución* —el suplemento del periódico *Revolución*— aunque Guillermo Cabrera Infante, Pablo Armando Fernández, Heberto Padilla habían publicado antes. Casi todos estaban marcados por una fuerte influencia de la poesía anglosajona —Eliot, Pound, Auden, Whitman— lo que les permitió romper con una cierta retórica hispánica. Además del grupo de *Lunes*, hay que citar a Fayad Jamís, influenciado por la poesía francesa, a Roberto Fernández Retamar, a Manuel Díaz Martínez. Esa generación, que creyó en la revolución, se ha dividido: Cabrera Infante partió muy pronto, después de la publicación de *Tres tristes tigres*, al igual que Eduardo Manet y Severo Sarduy (pese a que éste último se mantuvo al margen de todo activismo político) quienes se establecieron en Francia; Padilla, para mí el mejor poeta de esa etapa, acabó instalándose en los Estados Unidos; Manuel Díaz Martínez, de formación comunista, sin embargo, firmó en 1991 la «Carta de los Diez» (reclamando la democratización de la vida política) y ha encontrado refugio en Canarias... Otros se han quedado: con una gran dignidad, como el poeta César López o con ambigüedades, como Pablo Armando Fernández, o incluso con servilismo como Retamar».

«La generación siguiente es la mía, la de *El Caimán Barbudo*, que comienza en 1965, prefigurada por una pequeña editora, El Puente, en la que publicaron por primera vez Miguel Barnet, la poeta Nancy Morejón. Aparecen entonces Raúl Rivero, Luis Rogelio Noguerras, Guillermo Rodríguez Rivera, Reinaldo Arenas... Aquí una vez más los destinos se separan, después de la liquidación del grupo de *El Caimán* en el 68. Luis Rogelio Noguerras, el mejor poeta del grupo, murió

en Cuba; la trayectoria de Arenas es conocida, muerto en el exilio; Barnet sigue en Cuba; Rodríguez Rivera enseña en La Habana y no duda en publicar en *Encuentro*; Rivero también vive allí, ha fundado una agencia de prensa independiente y continúa escribiendo poesía cada vez más depurada, con un coraje cívico excepcional, pese a prisiones y persecuciones.

— Y, hoy en día, ¿podría hablarse de una generación de *Encuentro*?

— «Lo más importante es el surgimiento de un grupo de ensayistas, historiadores, aspirantes a filósofos que se han propuesto como meta pensar el país. Mi generación, después del fracaso de nuestra tentativa de reflexión crítica en la revista *Pensamiento Crítico*, ha sido, por fuerza, una generación de silencio. Y he aquí que ahora emerge un grupo de escritores en la treintena, algunos del interior, otros del exterior, que comienzan a producir un trabajo de interpretación de nuestra realidad de alto nivel. Entre ellos: Rafael Rojas, que vive en México y ha publicado en Madrid un libro admirable, *El arte de la espera*; Iván de la Nuez, que organizó en Barcelona una gran exposición «La Isla Posible»; Emilio Ichikawa, filósofo y poeta, que vive en Cuba».

«Esta generación también tiene sus poetas y sus novelistas, víctimas ellos mismos en algunos casos de la tragedia de Cuba. Pienso en Raúl Hernández, poeta que se suicidó en La Habana a los 30 años; en Guillermo Rosales, autor de una maravillosa novela poco conocida, *Boarding Home*, que se suicidó en Miami. Pienso en Carlos Victoria, que vive en Miami y en su novela *Puente en la oscuridad*, de un humor feroz; en Julio Miranda, instalado en Venezuela, autor de *Casa de Cuba*, que transcurre en París, en la Ciudad Universitaria de los años 60. En estos días aparece en Madrid una obra importante, de un novelista que vive en Cuba, Abilio Estévez: *Tuyo es el reino*. Todos los nombres que he citado son colaboradores habituales de *Encuentro*.

— ¿Y los novelistas más conocidos en Europa, de los que el periódico español El País ha dicho que constituyen un «boom de la literatura cubana», como Zoe Valdés, Mayra Montero y otros?

— «Los autores a los que me he referido están impregnados de nuestra realidad: son duros —duros tanto para el castrismo como para el exilio— y expresan como nunca la gran frustración de sus personajes y de su pueblo. El éxito comercial de Zoe Valdés proviene de que ella escribe lo que cierta parte del público europeo desea leer: una dosis de feminismo, una dosis de sexo, una dosis de desarraigo, una pizca de Lezama Lima. Es una forma de turismo literario, en el momento en que Cuba se convierte en un paraíso del sexo barato. Se ha comercializado la tragedia cubana. La literatura, la verdadera, es el lugar imposible donde tratan de expresarse la tragedia y la comedia, el abismo y la ambigüedad entre los que se mueve este siglo; toda la complejidad del destino humano. Son necesarias la lucidez y la locura y no una fuga hacia unos personajes que no son otra cosa que marionetas ideológicas. El caso de Mayra Montero es diferente: escritora auténtica, en Puerto Rico, donde vive, no se le reconoce, y en Cuba no se le considera cubana; se encuentra en un vacío que es la expresión misma de las circunstancias que vive su país. Se ha refugiado en el mundo de Haití, que conoce bien y al que da vida con un estilo personal y mucha fuerza.

— Este «vacío» que pueden sentir los que viven la tragedia cubana, se diría que su revista se ha propuesto llenarlo no sólo por vía del análisis de la realidad actual, sino también por un retorno sobre el pasado, sobre ciertas «palabras perdidas» (como el título de una de sus novelas) de la historia, de personajes olvidados...

— «Es preciso ajustar cuentas con los mitos, tanto con los de La Habana como con los de Miami. Esclarecer nuestra historia —por ejemplo, terminar con la visión de una guerra de independencia en la que los americanos intervinieron en el momento en que la victoria cubana era un hecho, lo que es falso. Tratar aquellos problemas que constituyen parte esencial de nuestra historia —por ejemplo, la situación actual del negro y sus perspectivas. Reunir las piezas dispersas de nuestra cultura —es lo que hemos hecho rescatando del olvido una figura como la de Jorge Mañach, pensador de los años 30, uno de los más penetrantes que hemos tenido. Terminar también con el mito de la excepcionalidad del caso cubano, que impediría toda solución alternativa al régimen: en nuestro número 6/7 se hace un análisis del fin de los regímenes autoritarios en España, Portugal, América Latina y Europa del Este, lo que permite avanzar en esta dirección. Lo esencial es que encontramos cada vez más complicidades, que actuamos como un amante que cada día encuentra más lazos de unión».